

Wirtschaftswissenschaften Wirtschaftssemiotik”, in R. Posner, K. Robering, T. Sebeok, a cura, *Semiotik*, pp. 2904-2911.

Tungate, M., 2009, *Luxury world: The past, present and future of luxury brands*, Cornwall, MPG Books.

Van der Veen, M., 2003, “When is food a luxury?”, in “World archeology”, n. 34, pp. 405-427.

E|C

## Subjetividad y política. Tres lecturas discursivas del sujeto político

Mariano Dagatti

### 1. Breve introducción

En esta presentación pretendemos comentar algunas teorías del discurso con el fin de plantear interrogantes acerca del análisis semiótico de los procesos de subjetivación política. Tendremos en cuenta la teoría de los discursos sociales de Eliseo Verón, la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau y los trabajos acerca del *ethos* de Dominique Maingueneau. Nos interesa muy particularmente la crítica que cada una de ellas realiza del sujeto desde una perspectiva discursiva.

Comencemos por una definición amplia de lo que entendemos por proceso de subjetivación política: la conformación de un colectivo social en torno a un universo común de tradiciones, valores y hábitos de la política. No parece necesario señalar, por un lado, que esta definición resulta funcional a una preocupación por la instancia política y que deja fuera de consideración, por lo tanto, cuestiones de índole psicológica, antropológicas, incluso sociológicas; por otro lado, que ésta no pretende ser –ni tampoco podría– siquiera la más pertinente en el propio ámbito de la política. Con los reparos esbozados, diremos que hay un proceso de subjetivación política cuando se genera un espacio de confianza que involucra tres elementos: marcos institucionales, liderazgos y agrupamientos o redes sociales. Como se ve, es una definición arbitraria que persigue, no obstante, un objetivo específico: aportar algunas reflexiones en el dominio del discurso político al problema de la identificación política.

### 2. Por una semiótica del sujeto disoluto y de los colectivos en recepción

Con el ojo puesto en la noción de sujeto, intentaremos a continuación avanzar en torno a la problemática de la identidad en el sistema político. Iniciemos nuestro recorrido a partir de la teoría de los discursos sociales de Verón. Para empezar, un aserto del autor alcanza: el sujeto es “un punto de paso en la circulación del sentido, una posta en el interior de la red de las prácticas discursivas” (2004, p. 65). ¿De dónde viene y qué implica este

aserto, cuáles son sus derivaciones en el plano teórico? En un espacio de polémica, éste disputa su territorio con los postulados subjetivos del funcionalismo, de la teoría de la enunciación y del pragmatismo anglosajón, y más en general con aquellas teorías del sentido *en producción*; involucra, de hecho, una reivindicación de algunos aspectos de la fundación de la lingüística contemporánea. Tratemos de ser más explícitos: de acuerdo con Verón, desde el punto de la historia de los conceptos de las ciencias del lenguaje, la expulsión del sujeto hablante de la institución de la lengua ha sido uno de los aspectos decisivos de la operación que ha vuelto posible la fundación de la lingüística moderna, en el *Curso de Lingüística General*. Sin embargo, concurrentes, operaciones de rescate han sido, desde entonces, procuradas en su beneficio. Este es el caso, por ejemplo, de la lectura comunicacional del *Curso* realizada por los funcionalistas en nombre de las funciones del lenguaje, según la cual la lengua deviene una “herramienta de comunicación” al servicio de las “intenciones” de los locutores<sup>1</sup>. Pero no es el único: en su célebre artículo “De la subjetividad en el lenguaje”, E. Benveniste afirmó que sin sujeto no hay lengua. ¿Qué decir de los pragmatistas anglosajones para quienes el sujeto hablante era celebrado en conjunto con la claridad y la precisión de sus intenciones y con todo aquello que éste era capaz de hacer hablando? El clásico estudio de J. L. Austin tiene, al respecto, un título elocuente: *Cómo hacer cosas con palabras*<sup>2</sup>.

Intención, claridad, un sujeto activo en el polo de la emisión, un sujeto pasivo en el polo de la recepción; estas ideas sugieren una teoría de la comunicación reducida a una teoría de las intenciones de la comunicación. Como es sabido, para Verón, por el contrario,

el estudio de la producción discursiva ya no tiene el soporte del sujeto parlante: el sujeto ya no es la fuente del sentido (...) La unidad de análisis mínimo no puede ser otra que la de la interdiscursividad, es decir, la del intercambio. La discursividad social queda ‘atenazada’ entre dos polos: el de la producción y el del reconocimiento de los discursos (Verón 2004, p. 65).

La principal consecuencia de esta afirmación es que la circulación del sentido es concebida como indeterminada, compleja, lo que significa que entre el engendramiento de un discurso y sus efectos no hay causalidad lineal: un discurso nunca produce un efecto y sólo uno; dibuja, por el contrario, un campo de efectos posibles<sup>3</sup>. Cuestión teórica central, la indeterminación, la ruptura de la linealidad, la asimetría producción/reconocimiento son nombres de una constelación teórica que conduce a la pregunta por la recepción; más específicamente, a una pregunta por la construcción de los colectivos, o sea de interpretantes que gestionan la producción social de sentido en recepción. ¿Qué significa esta construcción de los colectivos y qué importancia tiene en el caso de las identidades políticas? Demos un

rodeo para echar luz sobre el tema: a la hora de analizar discursos del lado de la producción, el analista se encuentra, según Verón, en una situación comparable a la del observador de los sistemas caracterizados como “alejados del equilibrio”: éste puede predecir la clase de configuraciones que pueden aparecer más allá del punto crítico, pero es incapaz de determinar *a priori* la configuración única, singular, que se producirá<sup>4</sup>. De allí que, confrontado con la indeterminación, el analista deberá enfrentarse a la tarea de articular la semiosis sostenida por las lógicas institucionales de producción y las lógicas individuales de recepción. Los colectivos en producción son organizaciones estructuradas en instituciones, mientras que los colectivos en recepción no son, sin duda, ni masas indiferenciadas, ni agrupamientos sometidos a reglas institucionales, sino configuraciones complejas de operaciones semióticas nutridas por lógicas individuales. Cómo construir estos colectivos: esa es la cuestión crucial de los estudios en recepción.

Ahora bien, en el ámbito político, la pregunta por los modos de construcción exige consideraciones especiales, dado que, como es sabido desde su clásico artículo “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, para Verón:

Enunciar una palabra política consiste entonces en situarse a sí mismo y en situar tres tipos de destinatarios diferentes, por medio de constataciones, explicaciones, prescripciones y promesas, respecto de las entidades del imaginario; por un lado respecto de aquellas entidades con las cuales el enunciador busca construir una relación –los metacolectivos– y por otro respecto de la entidad que funda la legitimidad de la toma de palabra, el colectivo de identificación (Verón 1987, p. 23).

De los colectivos de identificación a los metacolectivos (entidades como la nación, el país, la Argentina), en el discurso político las lógicas institucionales de producción se interpenetran con lógicas individuales pero también con lógicas institucionales de recepción; dicho con otras palabras, los discursos que un dirigente pronuncia como miembro de un partido o grupo político o de un gobierno (lógicas institucionales de producción) son recibidos por actores con lógicas individuales, los ciudadanos en su acepción más amplia, y también por actores con lógicas institucionales, los demás miembros de un partido o los miembros de otros partidos, por ejemplo. Sea: los colectivos en producción son organizaciones estructuradas en instituciones (“nosotros, el gobierno”, “nosotros, los legisladores”, “nosotros, los socialistas”), pero los colectivos en recepción involucran en algunos casos lógicas individuales y en algunos otros agrupamientos sometidos a reglas institucionales: considerarse a sí mismo como socialista, radical o comunista supone derivaciones diferenciadas respecto del individuo no politizado. Agreguemos, para concluir este segmento, que la distinción entre lógicas institucionales e individuales en el dominio político cobra aún más re-

levancia en una época marcada por el abordaje más individualizado de los asuntos políticos y por el paralelo declive de las identidades con base en los partidos o las agrupaciones políticas.

### 3. Notas sobre la equivalencia y la articulación hegemónica

Quisiera ahora que nos detengamos en la teoría de la hegemonía. Es posible que un breve repaso por las lógicas de articulación que plantea el politólogo Ernesto Laclau permita sumar matices a la problemática general de la subjetividad política en el dominio de la semiótica discursiva. Tratemos de ser precisos: indeterminación, asimetría, complejidad creciente integran un abanico de nociones que están, si no fuera de, al menos descentradas respecto de las preocupaciones teóricas del autor y, todavía más, de las tradiciones intelectuales en las que éstas encuentran su lugar, su espacio de discusión y su potencia heurística<sup>5</sup>. Con todo, la teoría de la hegemonía pone en escena ciertas dimensiones del fenómeno de circulación del sentido que conviene atender; quizás la más relevante sea: ¿cómo pensar la indeterminación de sentido y la interpenetración entre lógicas institucionales e individuales en el marco de conformación de lógicas de equivalencia propias de la articulación hegemónica de un proceso político? Veamos. La construcción de hegemonía política supone la articulación formal de elementos políticos diversos, lo que significa que no hay *a priori* contenidos cuya presencia sea necesaria a la dinámica formal de la subjetivación: reclamos por un boleto estudiantil, demandas de mejoras en las condiciones de vida de un sector o críticas a la corrupción pueden operar como factores de articulación. Es decir, existe la posibilidad de que un elemento diferencial, sin dejar de ser particular, asuma la representación de una totalidad incommensurable; de esta manera, un elemento significativo determinado es, por un lado, una particularidad y, por otro, una universalidad. Hegemonía es el nombre que recibe la operación por la que una particularidad asume una significación universal incommensurable consigo misma: la identidad hegemónica pasa, pues, a ser algo del orden del significante vacío<sup>6</sup>, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable. Al respecto, Laclau distingue dos lógicas: la lógica social de la diferencia y la de la equivalencia: por la primera entiende una lógica eminentemente institucionalista, en la que las demandas sociales son individualmente respondidas y absorbidas por el sistema; en pocas palabras, la política tiende a ser reemplazada por la administración. En el caso de la lógica de la equivalencia, la base de su prevalencia está configurada por la presencia de demandas que permanecen insatisfechas y entre las que comienza a establecerse una relación de solidaridad. Todas ellas empiezan entonces a ser vistas como eslabones de una identidad común que está dada por la falla de su satisfacción individual, administrati-

va, dentro del sistema institucional existente. Llegado el momento, esta pluralidad de demandas se plasma en símbolos comunes; luego, algunos líderes comienzan a interpelar a estas masas frustradas por fuera del sistema vigente y contra él. Desde esta perspectiva teórica, todo análisis político debe comenzar por determinar la dispersión de hecho de las demandas, tanto en el campo de la sociedad civil como en el espacio público. Nunca habrá una lógica popular dicotómica que disuelva en un ciento por ciento el aparato institucional de la sociedad, y tampoco habrá un sistema institucional que funcione como un mecanismo de relojería tan perfecto que no dé lugar a antagonismos y a relaciones equivalentes entre demandas heterogéneas.

Equivalencia, símbolos comunes, solidaridad, liderazgos; creemos que el entramado de nociones que habíamos trazado a partir de la teoría de los discursos sociales, signadas por la indeterminación y por la interpenetración de lógicas institucionales e individuales, encuentra en estas otras nociones aristas complementarias. Habíamos dicho que no existe un colectivo independientemente de la experiencia de articulación que le da forma; esto es, que las lógicas institucionales de producción discursiva (recordemos: el partido, el gobierno, la agrupación) no pueden asegurar los colectivos en recepción, ya que su configuración excede los colectivos partidarios e incluye, por ejemplo, actores no politizados o indecisos. Por otro lado, afirmamos que la articulación en torno a símbolos comunes y liderazgos genera un proceso de subjetivación política por el cual el juego de lógicas institucionales e individuales en recepción confluye en torno a una lógica de equivalencia y mitiga el carácter particular y diferencial de las lógicas individuales. En este sentido, una pregunta se impone: ¿es posible que la articulación hegemónica oriente estas lógicas individuales y las dote de sentido retrospectivamente, organizándolo como sujeto político? No es este el espacio para responder siquiera parcialmente la duda planteada, pero, en todo caso, se trataría de pensar un proceso de estructuración de los individuos bajo los significados comunes de ciertas consignas. Más claramente: de pensar cómo el devenir equivalente de las lógicas individuales se vuelve un significado institucional.

#### 4. La traducción estilística: de la lógica institucional al estilo de liderazgo

El anverso de este proceso también merece algunas notas. Planteamos, de una manera muy provisoria, que el devenir individual puede anclar en un devenir institucional; ahora es el momento de retornar a la problemática de las lógicas de producción después de nuestro desvío forzado por el polo del reconocimiento. Preguntémosnos: ¿puede la lógica institucional adquirir trazos singulares?; o mejor dicho: ¿tiene alguna relevancia el estilo de gobierno o el estilo de liderazgo en la construcción de una subjetividad política?, ¿puede un estilo “traducir” de una manera convincente y conmo-

vedora las exigencias institucionales de la política? Para intentar desplegar el campo de sentidos que estos interrogantes abren, apelaremos a una tercera teoría discursiva, la del lingüista francés Dominique Maingueneau. Este autor ha desarrollado una vasta producción sobre la noción retórica de *ethos*. Tratemos de señalar algunos argumentos medulares.

La noción de *ethos* surge en el marco de la Antigua Retórica. Aristóteles la entiende como un tipo de prueba técnica que consiste en la imagen que el orador construye de sí en su discurso, con el propósito de resultar creíble y atractivo para sus interlocutores.<sup>7</sup> Son las investigaciones sobre *l'ancienne rhétorique* de Roland Barthes las que ponen especial foco sobre los *ethé*, definidos como aquellos rasgos de carácter que un orador debe *mostrar* al auditorio, independientemente de su sinceridad, para causar una impresión favorable<sup>8</sup>. Previamente, en su ya clásico “Fotogenia electoral”, publicado como una de sus *Mitologías*, el autor había advertido cómo en los afiches de campaña los programas políticos y las ideologías tradicionales dejaban su lugar a la puesta en escena de un modo de ser del candidato, que éste connotaba a partir de una pose, de un lema y de ciertas convenciones propias del lenguaje fotográfico<sup>9</sup>. Al promediar la década de los 80, Maingueneau retoma el núcleo duro de estas preocupaciones en el marco de las nuevas tendencias del análisis del discurso del ámbito francófono.

La consideración operativa del *ethos* supone un «doble desplazamiento» en relación a ciertas perspectivas retórico-argumentativas: en primer lugar, reniega de toda concepción psicologista o voluntarista del sentido, según la cual el orador jugaría el rol de su elección en función de los efectos que busca producir en su auditorio; en segundo lugar, abandona la imagen de un discurso que transmitiría las ideas del hablante gracias a diversos procedimientos o estrategias. Por el contrario, la noción es definida en esta perspectiva como la construcción de una imagen de sí de un locutor, de acuerdo con esquemas sociales preestablecidos y sometida a una regulación sociocultural. La posición de un orador en un campo dado y la legitimidad que esa posición le confiere para expresarse, sea su dominio de especialización u otro, se articula con la inscripción del *ethos* en un imaginario social histórico. Institución, imaginario y estilo, la eficacia del intercambio depende de la autoridad de la que goza el locutor y de los procesos de identificación asociados a las representaciones compartidas y a los modelos culturales de una población. El *ethos* es entendido como la instancia subjetiva que todo discurso configura, cuya eficacia se basa en el hecho de que, de cierto modo, envuelve a la enunciación sin estar explicitado *a fortiori* en el enunciado (Maingueneau 1996, pp. 78 e ss.). Definidas en los términos de un “dispositivo enunciativo”, las imágenes de sí se despliegan simultáneamente en los registros de lo mostrado y de lo dicho, movilizándolo todo aquello que contribuye a

emitir un perfil del orador. Corresponde señalar, pues, que la eficacia del *ethos* no reside en sus procedimientos; se trata, en cambio, de una implicación corporal que Maingueneau (2008) designa con el nombre de *incorporación*. Por tal se entiende el modo por el cual el destinatario se relaciona con el *ethos* de un discurso. Este proceso se despliega en tres registros inseparables: (a) la enunciación del texto confiere corporeidad al garante, o sea al enunciador que cumple el papel de fuente legitimadora; (b) el co-enunciador asimila un conjunto de esquemas que habitan su propio cuerpo en relación con el mundo y, (c) estos registros primarios dan lugar a la constitución de una comunidad imaginaria integrada por todos aquellos que adhieren al mismo discurso. En suma, el *ethos* garantiza un *mundo ético* y aparece, en última instancia, ligado a la construcción de identidades colectivas (Maingueneau 2002), ya que la consideración acerca de la eficacia de una imagen de sí no es independiente de las identificaciones que se encarnan en el *mundo ético* propuesto.

Tomando estos argumentos como postulados de trabajo, quisiera en seguida expresar la posible relevancia del *ethos* en los términos de una preocupación por las identidades sociales: entendemos que ésta es una noción de peso para dar pasos en la dirección de un análisis estilístico a la vez que institucional de los sujetos políticos. No forma parte de nuestra intención exagerar si afirmamos que el *ethos* es una categoría transversal que permite mirar de otra manera la relación entre formaciones y colectivos políticos; el motivo es evidente: es difícil separar el *ethos* de las ideas, debido a que la manera de presentarlas tiene el poder de construir imágenes respecto del orador. Como afirma P. Charaudeau en *Discurso político*: “Las ideas valen por el orador que las divulga, las expresa y las aplica” (2005, p. 118). Por esa razón, es preciso que éste sea, al mismo tiempo, creíble y atractivo; esto es, que sea juzgado digno de crédito y que movilice el afecto social. Adherir a las ideas significa adherir a la persona. Lógica institucional y estilo personal quedan, de esta manera, ligadas indefectiblemente; más importante todavía, el estilo del orador, su imagen, traduce las lógicas institucionales en lógicas de subjetivación política. Hagamos el esfuerzo de volver más concreto nuestro argumento a partir de una situación verosímil: en los sistemas democráticos contemporáneos, un dirigente político debe mostrarse en la esfera pública como un individuo honesto, franco y sensible a las demandas de la población<sup>10</sup>. Puede hacerlo de diferentes maneras: ya como un caudillo popular, ya como un hombre común o normal, ya como un militante político, ya como un estadista experimentado (o ya una combinación de estas y otras figuras). Los “aires” que adopte intentarán traducir estas exigencias institucionales según los códigos imaginarios de las figuras a las que apela: la franqueza será un aspecto de la verdad divina revelada, o bien una virtud inherente al hombre común y al trabajador, o incluso una característica propia de la convicción militan-

te. Como sea, cada una de estas figuraciones redundará en modos de interpelación disímiles y actualizará en recepción diferentes sentidos que convendrá investigar. Podemos concluir, entonces, que la reflexión acerca del devenir institucional de las lógicas individuales vía articulación equivalencial parecería involucrar, como otra faz de la misma problemática, una estilística institucional: un devenir *ético* de las lógicas institucionales. En suma, individuación estructurada y estilística institucional, dos interrogantes significativos para un estudio de la subjetivación política.

Intentaremos por conclusión ordenar el universo de problemas que hemos muy sucintamente recorrido. En esta presentación hemos tenido el objetivo de poner en diálogo tres teorías discursivas que no tienen otra cosa en común que la pertenencia a una instancia específica del desarrollo de los estudios del discurso cuyos orígenes pueden rastrearse en los inicios de la década del 80. Psicología social y semiótica discursiva, psicoanálisis y filosofía política, ciencias del lenguaje, retórica y análisis del discurso dan cuenta de trayectorias que difieren tanto en sus postulados epistemológicos como políticos cuanto en las orientaciones actuales de sus propuestas. Más allá del gesto ecléctico, el propósito tenía que ver con avanzar en el sentido de una semiótica discursiva que permitiera dar cuenta de la construcción de identidades políticas en una época dominada por la crisis de los estructura políticas tradicionales y por el surgimiento de lo que ha sido llamado en las ciencias políticas “liderazgos de popularidad”<sup>11</sup>. Indeterminación, no-linealidad, lógicas institucionales y lógicas individuales, equivalencias y diferencias, símbolos comunes, liderazgos, colectivos, imágenes de sí, estilo, incorporación, comunidad imaginaria: son puntos de una constelación de problemas que esta comunicación no ha hecho más que poner de manifiesto a partir de borrosas conexiones. Herederas del giro discursivo, las tres teorías delineadas comparten la certeza de la puesta en crisis de la subjetividad como fuente y causa del sentido y dejan entrever un conjunto de interrogantes que apenas esbozamos: ¿qué implica una semiótica de la subjetividad en el discurso político?, ¿cuáles son los mecanismos privilegiados de interpenetración entre lógicas heterogéneas?, ¿qué elementos funcionales favorecen ciertas lógicas de articulación hegemónica y obturan otras?, ¿cómo trazar una teoría comprensiva que incluya los estilos de liderazgo, las instituciones, la conformación de colectivos de identificación políticos, los procesos de subjetivación?, ¿cuánto influyen los estilos y cuánto las demandas en la mirada retrospectiva del lazo político?, ¿cómo es posible lograr unificar las diversas demandas en un sistema estable de significación?, ¿qué papel juegan a este respecto las tradiciones y los hábitos de la política? Futuros trabajos intentarán dotar a esta serie de preguntas y a estos cruces precoces cimientos que consoliden el camino emprendido.

---

## Note

---

- 1 Verón 2004.
- 2 Cfr. Boutaud, Verón 2007.
- 3 Véase respecto a la noción de “complejidad”, Prigogine, Stengers 1979; Luhmann 1996.
- 4 Sobre la noción de observador y sistema, véase Prigogine, Stengers 1979; Luhmann 1996.
- 5 Critchley, Marchart 2004.
- 6 Véase Laclau 1996.
- 7 Véase Aristóteles 2005. En cuanto a su papel, el *ethos* queda más tarde relegado: en particular a partir del Renacimiento, la retórica se centra en la *elocutio*, es subsumida por la poética y se reduce a una teoría de los tropos, desligados de su valor persuasivo. En la segunda mitad del siglo XX, con la renovación de los estudios de la argumentación por parte de C. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, el arte retórico vuelve a ser pensado en función de la persuasión; sin embargo, la noción de *ethos* no es recuperada más que de manera marginal. Véase Albaladejo 1989.
- 8 Barthes 1970.
- 9 Véase Barthes 1957.
- 10 Véase Rosanvallon 2008.
- 11 En cuanto a la noción de “liderazgo de popularidad”, ver Cheresky 2008.

---

## Bibliografía

---

- Albaladejo, T., 1989, *Retórica*, Madrid, Síntesis.
- Aristóteles, 2005, *El arte de la retórica*, Buenos Aires, Eudeba.
- Barthes, R., 1957, “Photogénie électorale”, R. Barthes, *Mythologies*, Paris, Seuil; trad. sp. “Fotogenia electoral”, in R. Barthes, *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno 2002.
- Barthes, R., 1970, “L’ancienne rhétorique: aide-mémoire”, in “Communications”, n. 16; trad. sp. “La antigua retórica”, in R. Barthes, *La aventura semiológica*, Buenos Aires, Paidós 2002.
- Boutaud, J.J., Verón, E., 2007, *Sémiotique ouverte. Itinéraires sémiotiques en communication*, Paris, Lavoisier.
- Charaudeau, P., 2005, *Le discours politique. Les masques du pouvoir*, Paris, Vuibert; trad. pt. *Discurso político*, São Paulo, Contexto 2006, pp. 113-166.
- Cheresky, I., 2008, “Poder presidencial y liderazgos de popularidad”, in I. Cheresky, *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*, Buenos Aires, Clacso y Manantial, pp. 35-59.
- Critchley, S., Marchart, O., 2004, *Laclau: A Critical Reader*, London, Routledge; trad. sp. *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica 2008.
- Laclau, E., 1996, “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, in E. Laclau, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, pp. 69-86.
- Luhmann, N., 1996, *Introducción a la teoría de los sistemas*, México, Universidad Iberoamericana.
- Maingueneau, D., 1996, “El *ethos* y la voz de lo escrito”, in “Versión”, n. 6, pp. 78-92.
- Maingueneau, D., 2002, “Problèmes d’*ethos*”, in “Pratiques”, n. 113/4, pp. 55-67.

- Maingueneau, D., 2008, “Ethos, cenografía, incorporação”, in R. Amossy, a cura, *Imagens de si no discurso. A construção do ethos*, São Paulo, Contexto, pp. 69-92.
- Prigogine, I., Stengers, I., 1979, *La Nouvelle alliance. Métamorphose de la science*, Paris, Gallimard; trad. sp. *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial 2002.
- Rosanvallon, P., 2008, *La légitimité démocratique. Impartialité, réflexivité, proximité*, Paris, Seuil; trad. sp. *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*, Buenos Aires, Manantial 2009.
- Verón, E., 1987, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, in Verón et al., *El discurso político*, Buenos Aires, Edicial.
- Verón, E., 2004, “Posmodernidad y teorías del lenguaje: el fin de los funcionalismos”, in E. Verón, *Fragments de un tejido*, Barcelona, Gedisa.

E|C

## Cuerpo-grafías y corografías: contra-dicciones y contra- visiones corporales en la configuración de la subjetividad serial

Fernando Alfredo  
Rivera Bernal

### 1. Optometrías

La subjetividad es la internalización dinámica de una configuración identitaria, y ésta traduce un efecto vincular, interrelativo, dialogal. Por lo tanto, el psiquismo, y la autoconciencia de sí que manifiesta, se encuentra mediado semióticamente por condensación y/o divergencia de representaciones (Bachtin 1930), y regulado situacionalmente por las prescripciones y normatividades interaccionales en que emerge (Lacan 1957, p. 82). El ‘yo’ es una ‘economía psíquica’ consecuente con los requerimientos de la formación social donde se reproduce (Elias 1996), por ello define un flujo contextual y textualmente determinado, descrito-escrito en un entorno enunciativo restrictivo entretejido por múltiples lógicas y regímenes de sentido (Foucault 1975, 1979), por múltiples ‘formaciones discursivas’ que circunscriben lo que puede y debe decirse (Pêcheux 1990), por múltiples ‘figuras de lectura o comprensión’ que circunscriben lo que puede y debe entenderse (De Man 1996). Las identidades son desplazativas, modulables, nomádicas (Braidotti 1994).

El sujeto está *inscrito* por las funciones simbólicas que lo estatuyen, su identidad es una construcción ideológica tanto a nivel texto-argumentativo (los temas) como a nivel discursivo (las formas): las identidades son designadas en el intercambio a partir de estrategias simbólicas y topologías enunciativas (Chartier 2005). Tal in-